

C U E N T O S   S I N   C O R O N A



# a los niños nunca nos creen nada

AUTORA: MIREYA TABUAS  
ILUSTRADORA: GABRIELLA DI STEFANO

## **A los niños nunca nos creen nada**

Esta mañana, a los pies de mi cama, amaneció acostado el inmenso animal. Es mi culpa. Dejé la ventana abierta de noche y eso que mi mamá me lo tiene prohibido.

—Se puede meter una mariposa negra o una cucaracha voladora y después quién las saca— argumenta mi mamá con voz regañona y medio dormida.

Y si por unos insectos tan chirriquiticos mi mamá se pone tan brava, seguramente me dejará sin desayuno, y hasta sin almuerzo ni cena (de por vida) si se entera de que entró volando por la ventana de mi cuarto un bicho de semejantes proporciones.

Yo pensaba que este animal no existía, porque siempre aparece en todos los cuentos de hadas. Y mi papá dice que lo que escriben en los cuentos de hadas son puras mentiras para niños idiotas (por eso me obliga a leer el periódico). En todo caso, yo pensaba que un animal como éste, si existió alguna vez, ya se había extinguido hace siglos, como los dinosaurios, las princesas de sangre azul o los centauros. Nunca me había topado con un bicho así hasta el día de hoy. No hay ejemplares de este tipo ni siquiera en el Museo de Ciencias, donde casi todos los animales (¡hasta un oso pardo!) están

disecados mirándolo a uno sin moverse. Tampoco están en el zoológico del Pinar, ni en el Parque del Este, donde las nutrias se mueren de hambre mientras uno se muere de aburrimiento viéndolas.

Además un animalote así de grande debería ser más ágil. Pero lo toco con el pie y no quiere levantarse (como mi papá en las mañanas). Me mira triste, con ojos llenos de legañas verdes. No sé si lavarle su cara dorada para ver si se espabila, como hace mi mamá cuando no quiero despertarme para ir al colegio. Pero a lo mejor no le gusta el agua (como a mí) y me muerde con su diente único. Por su boca sale un hilo de humo, parecido al del cigarrillo que fuma mi papá. Aunque este olor es diferente, como de menta o nuez moscada o qué se yo.

¿Quién podía imaginar que estos monstruos fueran tan indefensos? ¡Con tanto miedo que meten en las comiquitas de la televisión! ¡Siempre destruyendo ciudades y arrancando árboles de raíz! Todos los niños de mi edad les tienen mucho respeto. Podría contarles a los de mi colegio que tengo uno de estos en mi cuarto. Seguro que no me creen, pero los traeré aquí y se los enseño. Entonces sí que seré importante. Me dejarán entrar en el equipo de fútbol, aunque sea bajito, gordo y le tenga

miedo a las pelotas. Y ya nunca más me llamarán “Bola de grasa ambulante”; o “Cochinito podrido”;. Me invitarán a todas las fiestas de cumpleaños. Y puede ser que Patricia, por una vez en la vida, se fije en que yo soy el que se sienta en el pupitre que está a su derecha.

Aunque, pensándolo bien, mejor no digo nada. Galán, el jefe de los niños de mi salón y capitán del equipo de fútbol, es cinta azul en kárate. Puede venir y quitarme el animalote a la fuerza para convertirlo en su mascota privada. Y yo no podría hacer nada para evitarlo. Tendría que comprarme una espada de verdad y comportarme como todo un príncipe valiente y salir a defender lo mío. Pero creo que no tengo madera para príncipe.

También podría avisarle a Maldonado, el profesor de Biología. Haber comprobado la existencia de un mamífero de este calibre (¿será un mamífero?) es tremendo descubrimiento. Podría recibir hasta el Premio Nobel. Saldría en los periódicos y en la televisión. Seguramente eso le gustaría a Patricia y tal vez no sólo se fije en que me siento en el pupitre de al lado, sino hasta acepte ser mi novia ¡Uf!

Pero tampoco podría hacerle una crueldad así a este noble animal. Lo meterían en un laboratorio, lo llenarían de tubos y soluciones químicas para medir su

temperatura y sus reacciones. El no se lo merece. Se ha portado bien. No ha hecho nada de ruido para que mamá no descubra su existencia.

Si ella lo encuentra aquí hasta me puede pegar con la correa de cuero de mi papá. A ella no le gustan las mascotas y menos aún una de este tamaño.

¿Estará cómodo? Debería acostarlo en mi cama. Así descansaría mejor y dejaría de mirarme con tanta melancolía. Pero yo no puedo cargar con él. Es pesado como elefante. Además, su piel de escamas doradas pincha cuando uno la toca, así que tampoco puedo hacerle caricias para aliviarle la pena. De todos modos, si pudiera montarlo en mi cama es capaz de romperla con el peso.

Entonces habría que oír a mi mamá.

—Eso te pasa por no hacerme caso y meter tantas porquerías en tu cuarto, Angelito. (Con lo que me fastidia que me llamen Angelito)

Y mi papá diría:

—Ahora dormirás en el piso, porque yo no tengo dinero para una cama nueva.

Ahhhh, y además me pegarían con la famosa correa y me dejarían sin cenar.

Hablando de cena. Mi animal tiene que comer. A lo mejor por eso está tan extraño y tristón. Yo por

lo menos me pongo así cuando no como. El problema es que si mientras salgo a buscar comida, mi mamá entra en el cuarto a limpiar y lo ve, así con su cara triste y dorada, seguro sale corriendo como una loca y va a acusarme con papá. Así hizo el día que encontró una araña metida en un frasco dentro de la nevera. Yo la puse allí con el propósito de calcular la resistencia al frío de las arañas. Así sabría si ellas tienen posibilidad de sobrevivir en el Polo Norte. Una buena idea. Pero a mamá no le pareció precisamente eso, sólo gritaba y gritaba. Las mamás no pueden comprender el interés científico de sus hijos pequeños. Apuesto a que si eso mismo lo hubiese hecho mi papá, mi mamá lo hallaría muy importante y hasta a la araña la vería de lo más bonita.

Pero que este tremendo animal haya escogido mi cuarto como refugio no le parecerá a mamá nada bonito. Me echará toda la culpa. Yo dejé la ventana abierta, es verdad, y esperaba que entrara una mosca, una avispa o una abeja para arrancarles una a una las patitas. Pero ¿cómo iba a imaginar que este bicho medio enfermo y fantástico iba a buscarme precisamente a mí como médico de cabecera?. Tal vez me vio cuando curé las heridas que se hizo Benjamín, el gato del vecino, al pelear

con un perro callejero. O me ha observado quitarle los piojos a las palomas de la plaza.

\*\*\*

Mejor, en vez de estar pensando tanto, voy y le digo a mamá. Este animal necesita pronto algo qué comer y yo no sé de eso. ¿Le gustará el pollo en salsa o los espaguetis? (Nadie puede despreciar unos espaguetis) Pero quizás a mamá sele ocurrió precisamente hoy cocinar espinacas, acelgas o vainitas (guácatela). Y una cochinada de esas no le voy a ofrecer a mi nuevo amigo.

Salgo de mi cuarto. Antes cubro al bicho con una sábana, por si acaso entra alguien. Voy donde mi mamá. Está frente al televisor. Tiene puesta la malla de hacer gimnasia. En la televisión están pasando un programa donde enseñan a hacer ejercicios para rebajar la barriga. Pero mamá, aunque pase el día practicando: "Arriba, abajo, un, dos, tres"; no va a perder ni medio kilo de peso. Se la pasa comiendo. Come al levantarse, come cuando va a comprar al mercado, cuando cocina, cuando sirve la mesa; come cuando comemos nosotros, cuando lava los platos; cuando sale a trotar, cuando regresa; cuando hay fiesta, cuando no hay; cuando ve televisión, cuando no ve; cuando se acuesta y hasta cuando se

duerme.

La he visto dirigirse a media noche a la nevera y arrasar con todo. Pero ella siempre se empeña en que va a rebajar. Además siempre me dice a mí:

—Estás comiendo mucho, estás muy gordo. Tienes que hacer ejercicio.

Ahora le toco el hombro y le pregunto en voz bien alta (es un poco sorda) si por casualidad ella no sabe qué cosa le puedo dar de comer a un animal así de grandote.

Ella me responde:

—Un dos, un dos...Déjame tranquila, Angelito...Un dos...

Vuelvo y le repito la pregunta, añadiéndole que es urgente. Ella sólo me dice, sin mirarme siquiera:

—¿Urgente? Ah , ya sé ¿tienes hambre a esta hora? En la cocina hay pan con chorizo... ¡Y me traes un poquito!

Es decir, no escuchó nada de lo que dije.

De todos modos, si me hubiera oído, diría algo como:

—Deja de estar inventando tonterías, Angelito. Con lo que me molesta que me digan Angelito.

\*\*\*



Voy a buscar a mi papá. Está en la cama, leyendo el periódico, por supuesto.

—Papá, te quiero preguntar una cosa.

—¿No ves que estoy ocupado, Angelito?

¡Con lo que odio que me llamen Angelito!

De todos modos, como sabía que me iba a responder así, yo tenía una buena frase preparada.

—Papá, es una pregunta corta...Algo para la tarea.

En la escuela nos hablaron de un animal grandote, dorado...

(Ya sé que es una mentira, pero a veces los niños tenemos que mentir para que los papás nos escuchen).

Y le pregunté al final:

—Papá ¿qué puede comer un animalotote así?

Papá piensa un rato. Luego me mira muy molesto (siempre hace lo mismo cuando no se sabe la respuesta).

—¿Y para qué pagamos el colegio si nosotros los papás tenemos que responder todas las preguntas? Mañana le dices a la maestra Loló que te conteste.

—No hay tiempo, papá— digo yo con las esperanzas perdidas— el animal tiene que comer ya o se muere.

Pero papá no me escucha. Está concentradísimo leyendo otra vez el periódico. No sé qué le ve, yo prefiero las comiquitas.

Regreso a mi cuarto. Miro al animalotote. Aún está tendido bajo la sábana. Si al menos supiera hablar. Sólo me mira con sus enormes ojos como balones de fútbol. Le he traído algo de comer. No quiere. Ni pan, ni leche, ni carraotas refritas. Ni siquiera estas galletas de chocolate tan ricas (que me tengo que comer yo, están muy sabrosas y no he desayunado todavía).

Debe ser que este tipo de animales come otras cosas. Le di las llaves de mi cajón secreto, la gorra de béisbol, un sacapuntas. Nada le gusta. Le ofrecí una araña disecada, un sapo metido en formol, la lagartija viva que escondo en la caja de zapatos. Nada le apetece.

Busco en mis libros. No explican nada de la vida cotidiana de estos animales: de qué se alimentan, cuántas horas duermen, si hacen pipí o pupú. Sólo están sus hazañas, sus grandes combates con ogros de cuatro cabezas, su debilidad por las princesas rubias y frágiles, el terror que producen entre gnomos y unicornios. ¿Quién puede temer a un bicho tan mansito?

Ahora lo recuerdo. Creo haberlo leído en un cuento hace mucho tiempo. Estos bichos se alimentan de humanos. ¡Pero eso sí que no! No estudié kinder, preparatorio, primero, segundo y ahora tercer grado para terminar mi vida en la barriga del primer monstruo que se mete en mi cuarto sin invitación. Además no puedo privar a la ciencia del futuro de los conocimientos que aportaré cuando sea Ingeniero Biomolecular.

Pero no, este animal es incapaz ni de matar a una mosca.

Bueno, a lo mejor lo que pasa es que está viejo, como mi abuelo el militar. Quizás, cuando era joven también era guerrero, fuerte e invencible como mi abuelo el militar. Tal vez, cuando seamos viejitos todos nos pondremos así y nos vamos gastando de a poquito para viajar ligeros de carga al cielo (o al infierno).

Eso es. Ahora estoy seguro. Este animal se está muriendo. Cuando mi abuelo estaba en el hospital tenía el mismo sucio en los ojos, como si la mirada se llenara de nubes y polvo de estrellas.

El animal se va a morir en mi cuarto. Y no sé como sacarlo de aquí, ni cómo llevarlo a un veterinario, ni cómo enterrarlo como hacen con los muertos. En el balcón, apenas hay tres materos donde a duras penas crecen unas pequeñas plantas.

\*\*\*

Ahora no solo el animal está triste y callado. Yo también. Me he acostumbrado a su mirada gris, al humo que sale por su diente único, a sus uñas largas donde crece la hierba. No quiero separarme de él. Es mi amigo. El es el único que no me llama "Bola de grasa ambulante", ni Angelito, ni nada. El no se burla de mi colección de insectos, ni de los cuentos de hadas que me sé de memoria, ni de las galletas de chocolate que se derriten en mis bolsillos.

Tengo que hacer algo para salvarlo. Cuando él muera me quedará otra vez solo y cuando menos me dé cuenta me convertiré en adulto. Y no habrá nadie en el mundo que

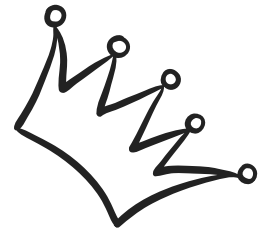
sepa que una vez por la ventana de mi cuarto  
entró un enorme y hermoso dragón.

Del libro "*Cuentos para leer a escondidas*", de Mireya Tabuas.  
Ilustraciones de Gabriella Di Stefano

# Actividades propuestas

- Si entrara un animal real o fantástico por tu ventana ¿Cuál te gustaría que fuera? Dibújalo.
- Yo creo que a este cuento le falta un final... ¿qué crees que pasó con el niño y su amigo que entró por la ventana? Escríbelo.
- Los dragones son seres mitológicos. Investiga más sobre ellos. ¿A qué animales reales se parecen?

# CUENTOS SIN CORONA



Este es un proyecto sin fines de lucro que se propone la difusión online de literatura infantil y juvenil, para acompañar a los niños y adolescentes, y también a sus familias y escuelas, en tiempos de coronavirus.

Cada historia estará apoyada de propuestas de actividades complementarias a la lectura.

Textos e imágenes han sido donados por los autores para este proyecto exclusivamente.

Abril, 2020

Contactos:

Autora: [mtabuas@gmail.com](mailto:mtabuas@gmail.com)

Ilustradora: [gabrielladistefano@gmail.com](mailto:gabrielladistefano@gmail.com)